

CONCURSO LITEARRIO PRIMAVERA-DÍA  
DEL LIBRO  
2019-2020

# RELATOS GANADORES

DEPARTAMENTO DE LENGUA  
Y LITERATURA

**COLEGIO SAGRADA FAMILIA**



**CONCURSO LITEARRIO PRIMAVERA-DÍA DEL LIBRO  
2019-2020**

**GANADORES POR CATEGORÍAS:**

**1º ESO:**

**GABRIEL SÁNCHEZ VILLA  
PAULA MARTÍNEZ DÍEZ-ALEGRÍA**

**2º ESO:**

**LARA TORRES DÍAZ  
DAVINIA PLAZA SÁNCHEZ**

**3º ESO:**

**MÓNICA GINER FERNÁNDEZ  
ISABEL GIRÓN GARCÍA**

**4º ESO:**

**MARÍA JERÉZ FERNÁNDEZ  
JULIA MONTERO GARCÍA**

**1º BTO:**

**RAQUEL FERRANDO TARAZONA**

DEPARTAMENTO DE LENGUA Y LITERATURA

**COLEGIO SAGRADA FAMILIA**



# Gabriel Sánchez Villa 1º ESO B

## Yo viví la COVID-19

Madrid, 1 de abril de 2040

Ayer mi hijo me hizo una pregunta que me hizo retroceder al pasado, echar la vista atrás y recordar mi niñez:

*¿Volverá a ser nuestro mundo como cuando tú eras pequeño, papá?*

Cuando mi hijo nació el pasado mes de abril de 2035, la mascarilla y los guantes ya eran accesorios de obligado uso fuera de casa desde hacía años. Era un accesorio más, como puede ser un pantalón o unos zapatos. Los recién nacidos ya salían del hospital con sus mascarillas puestas.

Actualmente vivimos la época de Post-COVID 19. Hubo un antes y un después de aquello. Todo cambió, nuestras costumbres cambiaron, las personas cambiaron, el mundo entero dio un giro.

Ya han pasado 20 años de aquella pandemia, tenía 12 años, pero lo recuerdo como si fuera hoy mismo. El virus Covid-19 invadió nuestro planeta, como si de una guerra se tratase, dejando tras de sí miles de muertos, tristeza y familias rotas de dolor.

Soy el mayor de 3 hermanos y por lo tanto el que mejor recuerda todo lo que aquellos trágicos días sucedió. No lo recuerdo como un hecho que me traumatizara, ya que mis padres supieron transmitirme tranquilidad en esos momentos, creo que lo hicieron muy bien. Nos informaban de lo que ocurría, pero nunca nos transmitieron el miedo. Nos mantuvieron en casa protegidos y a salvo de todo peligro.

Tuvimos que estar varios meses encerrados en casa, sin poder salir. Lo pasábamos bien en casa en familia y seguíamos una rutina:

hacíamos nuestros deberes por las mañanas, comíamos y por las tardes teníamos tiempo libre para jugar con mis hermanos. Recuerdo que los fines de semana, después de acostar a mis hermanos me quedaba a ver alguna película o serie de miedo con mis padres.

Recuerdo las videollamadas con mis profesores, los meet, zoom...siempre tan cercanos y transmitiéndonos tanta tranquilidad.

Las videollamadas de mi padre con sus alumnos eran como las mías, muy divertidas y educativas. Y sobretodo recuerdo a mi madre siempre tan pendiente de nosotros...Mi madre siempre nos decía: *“Esta situación de estar los 5 juntos durante tantos días y semanas seguidos, no es algo que se vaya a repetir nunca más en la vida: Disfrutémoslo.... Hagamos cosas que nunca podemos hacer juntos. Tenemos un gran regalo: EL Tiempo.”*

Recuerdo que vivíamos al lado de un supermercado "Mercadona", y mi padre salía cada 10 días a hacer la compra para subsistir, ese era nuestro único contacto con el exterior.

Hacíamos ejercicio en casa con las clases de Educación Física, bailábamos zumba y seguíamos las instrucciones de entrenadores por ordenador, o por nosotros mismos. Ya que aunque no pudiera salir de casa, era muy importante estar activos y moverse un poco todos los días.

Murieron miles de personas, cientos y cientos cada día, en todo el mundo. Las personas mayores fueron las que más sufrieron esta pandemia, hubo que sacar hospitales y camas de donde no había. incluso se transformó el palacio de hielo en una morgue, debido al altísimo número de defunciones.

Pero por otro lado todo aquello hizo sacar el lado bueno de las personas, la solidaridad, la generosidad y aprendimos a valorar lo que realmente es importante en nuestras vidas. Sobre todo, porque empezamos a valorar cosas que antes pasaban desapercibidas. El planeta respiró, al disminuir la contaminación, nos dio un aviso de que teníamos que cambiar, no podíamos seguir así.

A decorative border of colorful confetti in shades of red, blue, yellow, and green surrounds the text.

Recuerdo las salidas a la terraza todos los días a las 20:00 para aplaudir y dar las gracias a todos los sanitarios. Ellos arriesgaron mucho, también muchos de ellos murieron realizando su trabajo.

Comenzó en China, en enero de 2020, la pandemia fue creciendo muy rápido por todo el mundo y los países tuvieron que declarar el confinamiento en las casas debido a su fácil contagio. Si salías de casa para hacer algo que no fuera comprar, ir al hospital para trabajar como médico o circunstancias muy concretas, te multaban, pero eso no era lo peor, sino que podías infectarte. Además, había casos asintomáticos en que podías contagiar el virus a los demás sin tú ser consciente de que lo tenías.

Pero la cuarentena no se hizo inmediatamente, países fronterizos a China, empezaron a contagiarse y así sucesivamente, hasta que casi todos los países del planeta tuvieron infectados.

En China la cuarentena fue muy estricta, y después de casi un año lograron acabar con el virus en ese país. Pero otros países, como Italia, en la cuarentena se podía ir a correr por las mañanas, sacar al perro varias veces al día, los niños podían salir de vez en cuando a la calle por lo que allí lo pasaron muy mal, el número de contagiados y muertos fue muy alto.

Los hospitales, en todos los países han estado colapsados, en China se construyeron muchos hospitales en tiempo record, en Madrid se construyó en el IFEMA, el hospital más grande de España solo para tratar a gente con esa enfermedad.

Si te infectabas, tenías que ir al hospital, aunque estaban llenos de gente infectada ya que era muy contagioso. Tanto que si no salías a la calle con la protección necesaria: mascarilla, guantes.... te podías contagiar sin saberlo, y si te infectabas y tocabas objetos sin guantes, ponías en peligro a los demás.

A decorative border of colorful confetti in shades of red, blue, yellow, and green surrounds the text.

Pero sin duda no habríamos podido acabar con el virus, sin ayuda de médicos, empresas que fabricaban material de protección, policías, y de todos los que no hemos salido de casa durante la cuarentena reteniendo su propagación.

Los padres de algunos niños, eran médicos, y no podían abrazar o tocar a sus hijos, ya que podían transmitirles a ellos la enfermedad, pero gracias a las video llamadas, podían estar en contacto. Estas también fueron muy importantes para las personas que estuvieron muchas semanas en el hospital, ya que así podían recibir apoyo de sus familiares y amigos, para luchar y poder volver a casa lo antes posible.

Además, los familiares que perdieron algún familiar a causa de esta enfermedad, en muchos casos, no se pudieron despedir de ellos, aunque siempre los llevarán en sus corazones. Ningún familiar, profesor o amigo mío se contagió del Covid-19 y sus trágicas consecuencias.

En el caso de mi mujer fue distinto. Su padre era médico y su madre enfermera, ambos se contagiaron debido a una partida de mascarillas defectuosas que llegaron de China, y tras varias semanas luchando por sus vidas fallecieron. Era habitual en aquella época que en Madrid fallecieran cerca de 900 personas al día.

También le he explicado a mi hijo que en aquella época existían unos recintos llamados “Residencias de Mayores” donde vivía la gente más anciana, con el consiguiente peligro que ello conllevaba. Este hecho le llamó mucho la atención ya que este tipo de residencias desaparecieron por completo tras el Covid-19.

Pero cuando volvimos a salir a la calle... ya nunca volvió a ser como antes. Tuvimos que acostumbrarnos a llevar mascarilla siempre que estuviéramos fuera de casa, y no volvimos a dar la mano a nadie sin llevar guantes de protección. Los abrazos ya no se daban con la misma libertad. La gente dejó de ser tan afectuosa como era antes.

En el cole ya no volvimos a sentarnos juntos, se implantó un espacio obligatorio de 1,5 m entre los pupitres. Cuando le cuento a mi hijo que cuando yo era pequeño nos sentábamos en grupos cooperativos de 4 mesas juntas se queda sorprendido porque él nunca lo ha vivido.

También le conté que antes existían unas salas muy grandes llamadas “salas de cine” donde se concentraban cientos de personas para ver una película. Mi hijo ya nunca las conocerá. Tampoco sabrá lo que es tener un profesor físicamente presente en el colegio ya que, desde hace ya más de 10 años, los profesores son virtuales con el fin de evitar futuros contagios.

Hoy mi hijo me hizo una pregunta que me hizo revivir el pasado:

*¿Volverá a ser nuestro mundo como cuando tú eras pequeño, papá?*

*Gabriel Sánchez Villa P ESO B  
Yo viví la COVID-19*

# *Paula Martínez Díez-Alegria 1º ESO A*

## *Desde mi ventana*

Era mediados de marzo de 1994, yo, la inspectora/detective Billington, estaba mirando por mi ventana el precioso atardecer, cuando me asignaron el caso sobre el asesinato de Mathew McLaren. Supuestamente debería haber empezado a notar el ambiente primaveral, pero se sentía como uno de los inviernos más fríos que Oxford había sufrido. Se encontraron su cuerpo en una de las salas del college donde daba clase, el Christ Church. Lo primero que hice fue investigar y observar la escena del crimen. La verdad es que no había demasiadas pruebas; un poco de sangre del difunto, un trozo de cristal y una silueta de tiza dibujada por la policía donde encontramos el cuerpo. Al acabar de registrar la escena del crimen pregunté a los vecinos, dado que podrían haber visto algo extraño o sospechoso durante los últimos días de vida del señor McLaren. Los vecinos me decían muchas cosas, pero todas empezaban parecido:

Desde mi ventana, en la ventana, es un edificio con muchas vistas y ventanas... Era demasiado sospechoso. Parecía como si les hubiesen obligado a mentir y, al fin y al cabo, nadie puede mentir del todo.

Mandé analizar el cristal y también le dije a la policía que me enviaran los resultados de la autopsia lo más rápido posible. El cadáver tenía marcas de cristal de ventana en la cadera y un disparo de bala justo en el medio de la frente. Volví a la escena del crimen para investigarla de nuevo, por si se me había escapado alguna cosa. Pero algo no cuadraba, porque no había ninguna ventana donde encontramos el cuerpo.

Así que lo que tocaba ahora era recapitular toda la información:

El muerto tenía marcas de cristal de ventana en la cadera, un disparo de bala en la frente, los vecinos no paraban de decir “desde mi ventana”, en la clase del Christ Church no había ninguna ventana....

¡Ya lo tengo! Cómo se me había podido pasar, los vecinos ven la ventana de la casa del señor McLaren.

Nada más caer en eso, fui corriendo a comisaría a pedir la dirección de Mathew McLaren, 29 Cricket Road, cogí mi abrigo y mi café, y me dispuse a ir a su alojamiento. Efectivamente, tenía razón, algo raro tenía su apartamento. La ventana de su habitación tenía un agujero y sangre a su alrededor, así que, nos habían tendido una trampa. Pensé que a lo mejor deberíamos de conocer un poco más a los sospechosos. Había dos:

El primero era un “enemigo” de Mathew. Se llamaba David Niven. Era un compañero del trabajo. Se caían mal el uno al otro porque McLaren era su superior y David siempre había querido su puesto.

El segundo sospechoso era Marcos Greene. Marcos y Mathew era muy buenos amigos, pero resulta que McLaren hizo que despidieran a Marcos con pruebas falsas. Parecía muy asustado, y a la vez nervioso.

La verdad es que ninguno de los dos parecía ser culpable. A David no le habría servido de nada, porque lo acabaríamos descubriendo y vendría a la cárcel y por supuesto no se quedaría con su puesto. Y sobre Marcos, tenía razones de sobra para hacerlo, pero su actitud no parecía ni culpable ni arrepentida.

Volví al forense para preguntarle si sabía con certeza qué mató al difunto. Al parecer, primero ocurrió lo de los cristales, y después, el disparo. Pero el cuerpo no presentaba ningún tipo de resistencia ni moratones ni arañazos ni nada. Y ahí fue cuando lo supe, así que llamé a todo el equipo, a los familiares y a los sospechosos y les dije:

- He descubierto el caso de Mathew McLaren, y puedo confirmar, que no fue un asesinato, sino un suicidio. McLaren se tiró por la ventana de su habitación, de ahí el agujero de su ventana. Al ver que eso no lo mató, recordó que en su clase del Christ Church tenía una pistola. Cuando llego aquí se disparó justo en el medio de la frente e hizo que pareciese un

asesinato. Mi teoría es la siguiente: lo hizo para que uno o los dos sospechosos pareciesen culpables y vengarse de algo que le hubiesen hecho. Y los vecinos no paraban de decir la palabra ventana y la frase “desde mi ventana” porque le habían visto tirarse y les dijo que, si alguien le decía algo a alguien, lo pagarían todos muy caro. - aclaré.

Nadie me negó nada, así que lo dejamos en suicidio. La familia del señor McLaren no quiso hacerle un funeral, porque no sentían que hubiese muerto por una buena razón, y tampoco querían oír las críticas que les dirían. Este caso ha sido uno de los mejores casos que he resuelto en toda mi carrera.

*Paula Martínez Díez-Alegria 1º ESO A*  
*Desde mi ventana*

Lara Torres Díaz 2º ESO C

## Desde mi ventana

Pasan las horas y yo sigo mirando desde mi ventana, como aquellos días que esperaba a que pasara la tempestad, una tormenta fuerte que había azotado a nuestra familia dejándola en jaque.

Mi nombre es Mai, nací en un soleado día de mayo en el año 2003. Siempre fui demasiado activa, toda mi familia decía que yo era un torbellino, de hecho, de vez en cuando me llaman "Torbi". Siempre sentí una atracción especial por los escenarios. Desde pequeña me gusta cantar y bailar, pero no reggaetón, sino teatro musical. En mi clase yo siempre he sido la "rarita", la que estaba siempre imaginando otros mundos. Cuando tenía 10 años mi vida dio un cambio radical, entré en el musical de "El rey León" y nació mi hermano Ago. Le pusieron ese nombre porque yo de pequeña era muy amiga de un chico que se llamaba Tiago, pero yo siempre le llamaba Ago. Este chico falleció en un accidente de tráfico cuando tenía 8 años. Era mi único amigo real por lo que me dolió muchísimo su pérdida. En su homenaje yo elegí ese nombre.

"El rey León" ha sido, hasta ahora, la mejor experiencia de mi vida, porque aprendí muchísimo. Y así decidí dedicarme al teatro musical profesional. Allí conocí a Alicia, una chica peculiar, muy tímida, pero que se transformaba completamente en el escenario. Cuando las dos dejamos este musical para irnos a "Billy Elliot" nos hicimos inseparables. Y allí estaba, actuando feliz, cuando llegó el virus que cambiaría mi vida completamente.

Odiaba estar en casa metida todo el día, me había quedado sin "trabajo" porque habían suspendido el musical y ahora mi única obligación era el colegio, eso era demasiado poco. A diario hablaba con Alicia, pero yo la quería ver otra vez sobre el escenario. Me parecía que se le estaba dando demasiada importancia al coronavirus, hasta que una mañana de marzo mi madre perdió el gusto y el olfato. Los síntomas fueron a peor rápidamente



y mi padre se la tuvo que llevar al hospital porque no podía casi ni respirar. Aquella noche fue horrible, me quedé en casa con Ago y al amanecer nos dijeron que mi madre había muerto, pero que no podían asegurar que fuera por coronavirus. Mi padre llegó a casa llorando y corrí a darle un abrazo y Ago me siguió, pero él nos gritó: “ ¡No os acerquéis, me van a hacer la prueba del coronavirus y seguramente dé positivo, he perdido tanto el olfato como el gusto! “

Más tarde mi padre me llamó por teléfono y me pidió que habláramos: “ Mai, se avecinan tiempos muy duros cariño, ya hemos perdido a la mejor madre del mundo y no quiero que Ago y tú también me perdáis a mí, estoy teniendo algunas dificultades para respirar y voy a volver al hospital para solicitar que me ingresen. Si esto pasa, tú vas a tener que cuidar de la casa y de tu hermano. Los vecinos os traerán comida hecha a diario, va a ser difícil “Torbi”, pero sé que tú puedes con esto.”

Después de decir eso, mi padre colgó el teléfono y yo me quedé llorando en mi cuarto, me había intentado hacer la fuerte con la muerte de mi madre, pero aquello era demasiado: yo era todavía una niña de 16 años. Ago y yo vimos como papá abandonaba la casa y a partir de ahí supe que nada volvería a ser igual que antes.

A mi padre le ingresaron en el hospital y yo tuve que cuidar de Ago. Mi hermano me preguntaba dónde estaban nuestros padres y yo le contestaba que pronto volverían, aunque sabía que no era verdad. Hablaba con Alicia a diario, su madre estaba tratando de que pudiéramos ir a su casa a vivir hasta que mi padre se curara, pero no la dejaban porque nosotros también podíamos estar contagiados de coronavirus.

Yo por el día trataba de ser positiva y jugar con mi hermano; por supuesto el cole pasó a estar en un segundo plano, aunque intentaba cumplir con mis tareas. Por la noche todo era peor, yo solía llorar y mirar desde mi ventana a las estrellas que brillaban en el oscuro cielo. Pero una noche pasó algo.

Mientras estaba pegada al cristal, alguien comenzó a hablar:

“Hola Mai, soy Tiago”.

Me giré sorprendida y ahí, en la puerta de mi cuarto, estaba él. Le abracé y rompí a llorar. Él trató de consolarme y cuando conseguí sobreponerme, él me dijo: “Estoy aquí para recordarte que tu madre y yo estamos orgullosos de cómo estás llevando esta complicada situación. Te queremos mucho, siempre recuerdo cuando te veo, los buenos ratos que pasábamos cantando y bailando en esta misma habitación. También suelo recordar cuando les dijiste a tus padres que querías que tu hermano se llamara Ago en mi honor”.

Yo le volví a abrazar diciendo Ago, Ago, Ago. De repente él se desvaneció y me volví a quedar sola en mi cuarto. A la mañana siguiente me levanté pensando que todo era un sueño, pero en mi mesilla de noche encontré una cajita de música con la canción que siempre me cantaba mi madre cuando era pequeña.

Ese día, dos médicos vinieron a hacernos test rápidos, si dábamos negativo nos llevarían a casa de Alicia y si éramos positivos asintomáticos nos tendríamos que seguir quedando solos. Cuando nos comunicaron que éramos negativos yo me puse a saltar de alegría. Esa misma tarde pude abrazar a Alicia, que nos acogió en su casa, y esa noche dormimos juntas.

Le conté el suceso de la noche anterior y ella me dijo: “Tienen razones de sobra para estar orgullosos de ti, yo también estoy orgullosa”. Supe en ese momento que siempre podría contar con la memoria de los que ya nos están pero que, sobre todo, tenía que apoyarme en la gente que tenemos cerca.

Mi padre se recuperó del coronavirus y nuestra vida siguió su curso. Recordábamos a nuestra madre a diario, pero siempre las cosas buenas y alegres.

Con 18 años Alicia y yo nos fuimos a estudiar arte dramático a Nueva York. Estaba cumpliendo mi sueño.

Formamos una gran familia y cuando volvemos de visita, a Ago, como buen adolescente, le gusta ser el centro de todo y que le traigamos regalos.



Soy muy feliz ahora y sé que lo puedo ser siempre. Sigo conservando la cajita de música que me dio Tiago aquella noche y la escucho todos los días; eso me hace recordar que la vida puede cambiar de un día para otro, pero que no siempre tiene que ser para peor.

Cada noche veo las estrellas sobre la ciudad de Nueva York, soñando, desde mi ventana.

*Lara Torres Diaz 2º ESO C*  
*Desde mi ventana*

# *Darvina Plaza Sánchez 2º ESO C-PMAR*

## *Desde mi ventana*

Me sentía encerrada, como dentro de una burbuja, tampoco salía mucho, me gustaba quedarme en mi casa leyendo algún libro; solía leer libros de aventuras o de misterio, me encantaba meterme en el papel de cada uno de los personajes y más o menos saber cómo se sentían.

También me fascinaba ver películas que tuviesen algún tipo de enseñanza y me hiciera pensar. Normalmente, soy una persona la cual, lo piensa todo mil veces, suelo ser bastante fría con mis seres queridos y me gusta tener todo bajo control, si algo sale de forma totalmente distinta a como lo tenía planeado, empiezo a desvariar.

Y eso es un pequeño resumen de cómo soy.

A medida que pasaba el tiempo, sentía que la burbuja en la que me encontraba se iba haciendo más pequeña conmigo dentro, cómo yo no solía salir por miedo a la sociedad, estaba empezando a echar de menos el sol, el calor que me transmitía, también el viento, la lluvia...

Entonces todo cambió. Hace bastantes días que no abría la persiana de la ventana de mi habitación, no sé, me gustaba la oscuridad, me transmitía mucha tranquilidad, por eso siempre permanecía cerrada, hasta que un día decidí abrirla de par en par y asomarme a ella para sentir el viento en mi cara y los rayos de sol cegándome.

Pasaba todos los días en aquella ventana incluso cuando llovía, me gustaba quedarme ahí mirando a la nada imaginándome mil historias. Hasta que un día apareció él. Desde mi ventana, se veía una larga y estrecha calle, donde no había ni un solo coche, y ahí estaba él mirándome fijamente al final de la calle: era una figura muy grande que parecía estar echa por humo negro,

A decorative border of colorful confetti in shades of red, blue, yellow, and green surrounds the text.

y lo único que se podía ver en él eran sus ojos rojos. Nada más verle sentí un miedo tremendo y me comenzó a faltar el aire, cada vez estaba más cerca de mí; lo curioso es que no tenía piernas ni brazos, no rozaba el suelo, parecía flotar. Cuando aquel tremendo monstruo estaba a unos 20cm de mí cerré lo más rápido que pude la ventana, me tumbé en la cama y me tapé con la sábana de pies a cabeza.

No paraba de darle vueltas a lo que acababa de suceder, me repetía una y otra vez que sólo había sido producto de mi imaginación, pero lo sentía tan real...

Al final de darle tantas vueltas me quedé dormida. A la mañana siguiente me sentía muy confusa, decidí pensar que definitivamente había sido producto de mi imaginación y dejarlo pasar y olvidarlo.

Cómo comenté al principio de la historia, mi historia, no soy una persona muy social, en el colegio se suelen reír de mí por ello, creo que eso es lo que me provocó que me encerrase tanto en mí misma y no querer socializarme con nadie.

Pasaron unas semanas y yo ya tenía en el olvido a aquel ente que vi desde mi ventana, pero ese día sucedió algo: unos niños vinieron a burlarse de mí y reaccionaron de una manera muy violenta conmigo, me fui a mi casa lo más rápido que pude y me encerré en mi habitación con la puerta cerrada y, sobre todo, con la persiana bajada y la ventana también cerrada. Pasó una media hora y mi llanto no había cesado; me estaba agobiando, necesitaba coger aire y, aunque me daba pavor, necesitaba con urgencia abrir la ventana.

Me incorporé y despacio levanté la persiana y lentamente abrí la ventana, decidí no abrir los ojos e intentar coger aire y hasta que me calmase no abrirlos, aunque me convencí de que lo que sea que vi fue producto de mi imaginación, tenía algún presentimiento que me lo iba a volver a encontrar.

Mientras intentaba calmarme escuchando el cantar de los pájaros y el aire dándome en la cara, pensé en mí en el tiempo que llevaba escondida, en todo el mal que me provocaba eso.

Tenía que ser valiente, tenía que romper esta burbuja a la cual me había aferrado, así que decidí abrir los ojos y... me encontré con él otra vez: aquella figura de humo negro con aquellos ojos rojos como la sangre estaba ahí, enfrente de mí, observándome.

Por unos segundos me quedé petrificada, sin pronunciar ni una palabra y sin hacer ningún movimiento. Me quedé así unos diez minutos hasta que reaccioné y me arriesgué a gritarle “¿Qué quieres de mí?” A lo que el ente respondió con una simple palabra: “ἀγαπάς τον έαυτό σου”, y desapareció , así sin más.

Pasaban las horas y no podía parar de darle vueltas a aquella palabra que había pronunciado aquel monstruo de humo negro, cogí el ordenador e introduje aquella palabra que tenía en bucle en mi cabeza. Al parecer es una palabra griega que significaba “quíérete”, me quedé sorprendida al leer aquello, ¿qué pretendía decirme aquel ente? Era muy tarde, así que decidí irme a dormir, mañana tenía que ir al colegio, lo que significaba que tenía que madrugar.

Me quedé dormida, y le volví a ver, ya no le tenía tanto miedo, volví a asomarme a mi ventana para estar más cerca de él y le pregunté “¿Qué me quieres decir con aquella palabra?” Se me quedó mirando y, al cabo de un rato, pronunció otra frase al parecer en el mismo idioma que la palabra anterior “Είμί ή άνασφάλεια σου και ό φόβος σου” al pronunciar esa frase se acercó hacia mí muy rápido, y del susto me desperté y fui corriendo a coger papel y boli para apuntar aquella palabra y así poder buscarla para averiguar su significado.

Una vez apunté la palabra, cogí mi ordenador, el cual dejé encendido antes de irme a dormir e introduje aquella frase, su significado fue: “soy tu inseguridad y tu miedo”.

Me quedé patidifusa al leer aquello, se me quitó el sueño por completo así que decidí pensar e intentar encontrar algo de sentido a todo esto y deshacerme de aquel ente que tanto me atormentaba.

Pasaron unas horas y llegué a una conclusión: aquel monstruo de humo negro sólo aparecía cuando estaba muy mal conmigo misma y no podía más, él, aparecía cuando más miedo e inseguridad sentía. Así que, como dijo él, debería quererme. Creo que esa es la única forma que hay para que ese monstruo desaparezca y me deje en paz.

Fueron pasando los días y, poco a poco, tenía que intentar ignorar todos los comentarios que me decían; al fin y al cabo, aquellas personas no tenían ni idea de cómo era.

Tenía que acabar con esta catarsis, necesitaba eliminar aquellos recuerdos que me hacen más débil y alteran mi mente y mi equilibrio nervioso, para así conseguir liberarme del miedo y de la inseguridad.

Habían pasado varios meses desde que tomé esa decisión, me sentía más segura de mí misma, con menos miedo a la sociedad, sentía que la burbuja en la que me encontraba se estaba destruyendo y comenzaba a vivir, a ser libre.

Y con el paso del tiempo me di cuenta de que aquel ente al que yo llamaba “monstruo” ya no aparecía, me había ayudado a liberarme de él.

Comencé a salir, socialicé, viajaba mucho, ya nadie conseguía pararme. Gracias a aquel “monstruo” que me hizo despertar de aquella pesadilla en la que me encontraba desde hace años, no volví a encerrarme en una burbuja.

Ahora abría mis ventanas de par en par.

*Darvina Plaza Sánchez 2º ESO C-PMAR*  
*Desde mi ventana*

*Mónica Giner Fernández 3º ESO D*

## *Desde mi ventana*

Seguían pasando los días y aun no podía salir de casa, pasar el tiempo con mis amigos, visitar algún museo o ir de escapada el fin de semana a mi pueblo. Confinados estábamos millones de personas aguardando a que la pandemia se fuera estabilizando, mucha gente decía que esto iba para largo. Lo único que podíamos hacer era esperar.

Desde que declararon el estado de alarma, a veces paso el tiempo observando desde mi ventana los atardeceres, las calles, donde no hay ni un alma, todo es silencio que de vez en cuando es interrumpido por el canto de los pájaros, el sonido de la lluvia cayendo, los camiones de la basura cuando pasan por la noche y los aplausos a las ocho para darnos esperanza y ánimos. Miro por la ventana cuando antes ni si quiera le daba importancia a observar desde ella, muchas cosas se han alterado por la pandemia. Nos ha hecho cambiar, añorar cosas que antes ni nos dábamos cuenta de tenerlas, ahora echamos de menos a las personas, no poder estar con ellas, tocarlas, besarlas, abrazarlas, hablarlas como normalmente hacíamos. Nos hace echar de menos un montón de cosas, ahora cada palabra significa más que nunca, los actos también nos reconfortan en estos momentos tan duros.

Estoy celosa, de que, al mirar por la ventana de mi habitación, vea a las aves volar libremente en el cielo azul de la mañana, pero luego pienso ... que pronto, saldré y en la calle podré volver a ver el amanecer antes de entrar en el colegio y así despedirme de los colores vivos que poseen los amaneceres de Madrid, tan únicos y diferentes. No hay uno igual. Durante la cuarentena sigo siendo yo, una chica adolescente impaciente por terminar el confinamiento y volver a ver a sus seres queridos.

La ventana es mi escapatoria, observo transcurrir el tiempo, amaneceres, atardeceres y anocheceres una y otra vez. Hay un mundo en cada ventana,

diferentes historias que se esconden tras ellas. Todo es muy extraño en estos tiempos de duda, mil preguntas rondan por mi cabeza sin tener una respuesta. Para no pensar en ellas me evado observando lo que hay en ese mismo instante en la calle y con ello crear una historia, o poner música, sin dejar de mirar al exterior. Tengo tantos planes y sueños que cumplir cuando esta pesadilla termine, que ya lo estoy saboreando, oh ... ¡dulce verano! Pensar en lo que vas a hacer después de todo esto puede ayudar y así te mantienes suficientemente distraído.

En mi vecindario el único suceso interesante que contar, fue cuando un coche del SAMUR nos saludó, y el saludo fue recíproco. Todo el mundo lleva la cuarentena como puede. Mi ventana da al frente de otro edificio de ladrillos rojizos, que con el atardecer brillan dejando un color cobrizo durante unas horas, es precioso verlo, me cautiva, me hipnotiza. Tengo la sensación de que es como mirar la chimenea con las llamas crepitando, el fuego danzando, atrapándote, sin querer dejar de mirarlo.

Al anochecer, el espectáculo de luces con el que te encuentras, parece una noche estrellada, dentro de tu barrio, de tu ciudad. Las farolas alumbran las calles desiertas, que esperan con ansia que vuelvan a estar concurridas. Esta situación me parece irreal, como si estuviese viviendo una escena de alguna película o serie. Por eso tengo ESPERANZA. Esperanza de volver a reunirme con mis amigos, familiares ... con todo el mundo. Y poder sonreír, sin tener miedo, de este virus tan pequeño, pero que tanto daño nos está causando.

Salir, creo que es mi nuevo sueño, lo deseo. Recorrer las calles y perderme en ellas, sin saber a dónde voy, solo observar el panorama de una ciudad que vuelve a relucir como antaño, en vez de estar parada, desierta, sin vida, eso es lo que deseo. Poder caminar sin restricciones, con el tiempo llegará, lo sé. Saldremos otra vez a la calle, volveremos a la normalidad, pero por ahora seguiré mirando por la ventana imaginándomelo hasta que llegue el momento, tiempo al tiempo.

*Mónica Giner Fernández 3º ESO D*  
*Desde mi ventana*

# Isabel Girón García 3º ESO B

## Desde mi ventana

Hoy, 20 de abril es el cumpleaños de mi abuelo. Él ya no está, nos dejó hace un par de años, pero yo lo sigo celebrando como si él estuviera aquí conmigo, sentado en mi terracita, mirando desde mi ventana.

Todas las semanas, mínimo dos días, venía a vernos a mis padres y a mí. Nos sentábamos, él y yo juntos, en el sofá de mi balcón y comentábamos diversos temas como las noticias, la política, mis notas o nos reíamos del vecino de abajo, que tocaba fatal el clarinete.

Un día, mientras charlábamos, me comentó, mientras observábamos a los vecinos con precisión, el tema de la muerte. Yo le miré sin saber por qué decía semejante cosa. Me dijo que, no le debía quedar mucho. Yo le pregunté por qué lo decía, si de salud estaba perfectamente y además él vivía con ganas, ya que era una persona muy activa.

Me dijo que llevaba noches sin dormir, y sí, es verdad que tenía más ojeras de lo normal. Además, él ya tenía sus 93 años.

Me dijo que quería darme una cosa para que nunca me olvidara de su esencia, de las charlas en el balcón y de él. Mientras yo derramaba mis primeras lágrimas, sacó del bolsillo de su pantalón una cámara de fotos, algo antigua, pero en muy buen estado.

Mientras yo la cogía me dijo:

“Cariño, voy a ordenarte que todos los días salgas un rato a la ventana y mires por ella. Que agradezcas que estás sana, que sigues viendo la luz del sol y que sigues sintiendo la brisa del viento. Que percibas el terrible sonido del clarinete del vecino, o los chillidos de tu madre enfadada porque no has terminado la tarea. Que vivas la vida, que la disfrutes y que

demuestras a todo el mundo la magnífica persona que eres. Y por supuesto que te acuerdes de mí”

Yo le abracé fuerte.

Le pregunté que para qué quería la cámara entonces, a lo que respondió que cada vez que tuviera un buen momento, con amigos, familia, etc, hiciera una foto para en unos años, poder enseñárselas a mis nietos, a los que debo querer mucho.

Hoy, en su nonagésimo quinto cumpleaños, salí a mi terraza.

Desde mi ventana miré la luz del sol mientras sonreía y mientras la brisa acariciaba mi piel morena. Los coches y personas iban pasando y yo, solo pensaba en una cosa:

Desde mi ventana, podía percibir todo, y era de las mejores sensaciones entre otras muchas. Una vez más miraba al cielo y le mandaba un beso a mi abuelo por haberme enseñado tantas cosas en los 12 años que pasé con él.

*Isabel Girón García 3º ESO B*  
*Desde mi ventana*

*María Jerez Fernández 4º ESO A*

## *Desde mi ventana*

Son las once de la noche, estoy en el baño lavándome la cara, después de haber cenado obligada porque mi estómago está cerrado como la caja de Pandora. De mi cara caen las desgracias y males que invaden nuestro mundo, también me gustaría ser la primera mujer en la tierra y ofrecer esperanza, pero estoy en el baño de mi casa, sintiéndome culpable y cenando sin hambre.

Son las doce, entro en mi habitación y abro la ventana para conseguir la temperatura ideal y poder dormirme en dos minutos, como pone en los libros de relajación que me leo en bucle para no consumirme como una cerilla. Inspiro profundamente como dice el libro, mis pulmones se llenan de angustia, el aire está cargado de preocupaciones, lo aguanto cinco segundos y lo suelto. Lo que pasa es que espiro y los problemas no se van. Noto como suben por mis venas color certeza, ese azul estabilidad combinado con verde optimismo, pero yo solo veo color caos. No sabría describirte el color caos. Miro de reojo mis venas y me tumbo.

Es la una de la mañana, tengo el cuerpo agotado por el insomnio y el corazón tiritando, me siento un agujero negro supermasivo. Alejo a todo el mundo para no contagiarles mi sangre color caos y no tragarme su felicidad. Todos mis sentimientos de momento son verticales, así como que te parten por la mitad.

Son las dos de la mañana, esto es lo más parecido que encuentro a andar en esta época, divagar. Mis pensamientos divagan, andan. Te estoy escribiendo cartas de amor, como se le escriben a los soldados; estamos en una guerra y yo soy tu camillero. Recuerdo cuando quedábamos para que te leyera toda la noche, ahí el aire pesaba menos y yo seguía emitiendo luz. Tiene demasiados libros escritos en mis ojeras para que ahora cualquiera tape el vacío.



Son las tres de la mañana, tengo el pulso acelerado y me retuerzo sobre la cama, estoy teniendo una pesadilla. Hay polillas de color ceniza revoloteando por encima de mis hombros. Las polillas son sucias, me producen repugnancia. Me están avisando de una pérdida, me lo están advirtiendo a gritos, confundo si es el fin de una persona o de mi propia cordura. Me corto la oreja y me despierto.

Son las cuatro de la mañana, siento que el mundo se para y mi cuerpo acelera, yo solo pienso en Pessoa: “Los campos, a fin de cuentas, no son tan verdes para quienes son amados como para quienes no lo son. Sentir es estar distraído”. Yo no siento nada y lo siento todo, lo veo todo verde pero no optimismo sino verde botella, las mismas que llevan las cartas donde te escribí lo que nunca me atreví a decirte; los besos que perdí por no saber decir te necesito. Saciedad vacía y otras formas de morir en vida.

Son las cinco de la mañana, todo cuanto existe es producto de contactos, el punto de inflexión entre la piel y el alma, el cuerpo y la mente; si el tacto pudiera superarse se fundirían los cuerpos. Tus mensajes en el buzón de entrada me producen una sensación táctil, no podemos captar un escalofrío por teléfono, ni darnos un beso. En la tiranía de la imagen, de las redes sociales, del teléfono, de las ventanas, de las llamadas, no nos podremos besar. Y hablo de beso como sinécdoque de caricia. Mi momento favorito de los días de misa: Y ahora daos la mano, podéis devolver La Paz.

Son las seis de la mañana, he vuelto al baño. Me miro en el espejo y solo veo discordia, expulso toneladas de arrepentimiento y vergüenza y me tiro al suelo, sintiéndome culpable y cenando sin hambre. No me interesa la blasfemia sino el amor. He recibido en el corazón un golpe de gracia.

Son las siete y media de la mañana, me siento en una silla frente la ventana, tengo las heridas que no cicatrizan tiradas por el suelo, solo me queda rematarlas. Entran los primeros rayos de luz dando comienzo a un nuevo día, diría que es sinónimo de esperanza, pero solo abro puertas sin salida.

A decorative border of colorful confetti in shades of red, blue, yellow, and green surrounds the text.

El reflejo rojizo ilumina mis ojos color pardo y empiezo a llorar. Veo retratado el Ojo de Horus en una de las gruesas capas de la atmósfera, polvo y vapor de agua que se fusionan con mis lágrimas absorbiéndose y esparciendo la luz azulada del cielo, generándome una sensación de salvación; abriéndome el camino a la cuarta dimensión que es la mente. Estoy mirando el mismo cielo que miraban los santos.

*Maria Jerez Fernández 4º ESO A*  
*Desde mi ventana*

*Julia Montero Garcia 4º ESO B*

## *Desde mi ventana*

En ese momento, se dio cuenta de que los esfuerzos que había realizado no habían sido suficientes, de que no podía seguir así y de que algo tenía que cambiar.

...

Siempre le había gustado asomarse a la ventana abierta de su habitación. Sin embargo, no entendía muy bien por qué. Quizás por la sensación de libertad que le transmitía al dejar, aunque fuese por un momento, las tareas cotidianas y sentir la brisa delicada en el rostro; o quizás por la tranquilidad que le otorgaba escuchar todos los días piar a los gorriones. En cualquier caso, esta se trataba de una actividad que disfrutaba.

Siempre, hasta ese momento. Vivía cerca de dos hospitales, pero las sirenas no solían molestarle al estar habituada a ese sonido, hasta ese entonces, claro. Hasta que anunciaron que todos deberían permanecer encerrados en sus casas debido a una grave pandemia que afectaba a todo el planeta. Hasta que el sonido de los pájaros cesó. Hasta que el ruido de las sirenas trasladando a personas moribundas comenzó a opacar todo el resto de sonidos. Hasta que la brisa dejó de ser delicada, para pasar a ser fría y furiosa, recordándole que solo estaba viva porque el destino así lo quería. Hasta que lo único que era capaz de oír en las noticias eran los médicos pidiendo ayuda. Hasta que todo lo que conocía, se vino abajo.

Ella solía pensar que, a pesar de la contaminación y los continuos problemas que aparecían en el telediario todos los días, el mundo seguiría bien. Que en realidad, nada de lo que hiciese cambiaría algo y que, aun así, todo saldría a pedir de boca. Se daba cuenta, en lo más profundo, de que se equivocaba, pero no le gustaba escuchar a esa voz de la razón. Pero sucedió algo que lo cambió todo. Que hizo que esa voz se alzase y que se diese cuenta de la verdad.

En ese momento, se dio cuenta de que los esfuerzos que había realizado no habían sido suficientes, de que no podía seguir así y de que algo tenía que cambiar. Se dijo a sí misma que no se rendiría. Tomó una decisión de la que, años más tarde, no haría más que enorgullecerse.

Decidió que, en ese tiempo, iba a seguir trabajando y donar la mayor parte de su salario mensual y de sus ahorros a los hospitales y a todos aquellos negocios que necesitasen ayuda e, incluso, a todas aquellas familias que estaban teniendo apuros. Se ofreció como voluntaria en diversas organizaciones sin ánimo de lucro para ayudar a las familias que veía en la televisión que pasaban por grandes apuros para llegar a fin de mes.

En resumen, hizo todo lo que estuvo en su mano para conseguir que la situación se relajase lo antes posible. Todo para conseguir un mundo donde todo fuese a salir bien. Para que, la próxima vez que se asomase a su ventana volviese a sentirse libre y en paz.

*Julia Montero Garcia 4º ESO B*  
*Desde mi ventana*

Raquel Ferrando Tarazona 1º BTB C

## Altibajos

Estoy sentada en mi escritorio, dispuesta a empezar cualquiera de las múltiples tareas que tengo pendientes. Pero tengo la cabeza en otra parte. Pienso, “desde luego si algo tenemos estos días es tiempo”, así que desisto y cojo el móvil. Tengo mensajes de varias personas pero tampoco me apetece contestar. No es que no las eche de menos, es simplemente que no hay nada de qué hablar. Bueno, ciertamente sí lo hay. Cada día hay nuevas muertes de conocidos, nuevas historias de enfermeros, nuevas cifras, nuevas especulaciones. Esto último es lo que más hacemos. Elucubramos sobre los cientos de preguntas que nos asaltan día tras día. ¿Hasta cuándo durará el estado de alarma? ¿Habrá un nuevo brote? ¿Podremos viajar este verano? ¿Y estar con nuestros amigos? ¿Volverá la vida normal tal y como la entendíamos hasta ahora? ¿Cuándo volverá a ser seguro dar un beso a mi abuela? Preguntas para las que nadie tiene respuesta y que aún así seguimos debatiendo. Así que no, no quiero hablar con nadie. No quiero hacerme falsas ilusiones y hablar de lo genial que será la primera fiesta después de esto, porque no se cuando llegará. Por el otro lado tampoco me siento con fuerzas de oír datos desesperanzadores que apuntan a una crisis sin precedentes.

Tampoco quiero ver series ni leer. No quiero vivir las vidas de otras personas, porque es un recordatorio más de que no puedo vivir la mía propia.

Y ahora estoy aquí, asomada por la ventana, sin ver nada realmente, con la mirada fija en la acera. Esa que llevo sin pisar un mes. ¿Tanto drama por un mes sin salir de casa? Porque por muy lejanos que veamos ya esos días en los que paseábamos por el parque, nos sentábamos en las terrazas y saludábamos a cualquier desconocido con dos besos, ha pasado solo un mes. ¿Qué es un mes en la vida de una persona? Si lo piensas, no tanto. Solo que claro, cuando este es nuestro presente, cuesta verlo con perspectiva.

Los recuerdos de los buenos momentos parecen ya un sueño, una ilusión. El futuro no parece precisamente alentador. No tenemos dónde agarrarnos, todo está teñido de incertidumbre. Se nos ha caído el engaño de que tenemos control sobre nuestras propias vidas ahora que un organismo microscópico que ni siquiera es un ser vivo nos lo ha puesto todo patas arriba. Nos creíamos demasiado omnipotentes.

No sabemos nada. No hay certezas. Ahora soy consciente de ello. Por primera vez en los minutos que llevo aquí miro por la ventana con atención. No hay nadie por la calle, pero si me fijo, hay pequeños signos de vida. Una cortina que se mueve. Una ventana abierta con un cenicero. Una persiana subida que permite ver una tele encendida. Estamos todos igual. Y somos tantos... Solo en esta calle, tanta gente que no conozco y que se está enfrentando a los mismos miedos. Tenemos que estar todos unidos. No tiene sentido decir que podemos con todo y que todos juntos lograremos superar cualquier cosa, porque igual no. Igual un día llega algo que, como sociedad, no consigamos vencer, pero sinceramente no creo que sea el caso. En peores plazas hemos toreado. Así que habrá que confiar en que tarde o temprano volveremos a disfrutar, más que nunca. Solo espero que estas ganas de vivir que sentimos ahora mismo nos duren para siempre y nos hagan aprovechar cada momento como si fuese el último. Estos días de confinamiento se convertirán entonces en un recordatorio de que no podemos dar nada por hecho, una razón para vivir con más intensidad. Me voy a sentir muy decepcionada conmigo misma si después de esta horrible experiencia soy capaz todavía de rechazar un plan por pereza. Si ya antes no lo solía hacer a partir de ahora me lo prohíbo. Y mientras tanto, solo queda tener esperanza.

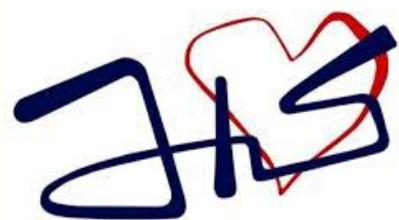
Empieza a llover. Dejo que me caigan unas cuantas gotas en la cara y cierro la ventana. Ahora ya no me apetece tanto salir a la calle. Me siento y empiezo con los deberes de mates.

*Raquel Ferrando Jarazona P BJB C*  
*Altibajos*

CONCURSO LITEARRIO PRIMAVERA-DÍA DEL LIBRO  
2019-2020

DEPARTAMENTO DE LENGUA Y LITERATURA

**COLEGIO SAGRADA FAMILIA**



Deus caritas est  
**CORAZONISTAS**